

Retomamos nuestra sección *El buen libro* con una reseña de un libro de Carmen Ollé que es un discurso reflexivo a partir de la cotidianidad del hacer.

El paraguas protector: Escritura del distanciamiento y el ensimismamiento

Yolanda Westphalen



Una muchacha bajo su paraguas es al mismo tiempo novela, autobiografía, memoria, diario, relato fragmentado en el que una aguda escritora se autointerroga sobre la marginalidad de la mirada de una mujer protegiéndose en París y de París (o podría ser de Lima) bajo su paraguas.

La hermosa imagen del título

es una llave para acceder a su mundo: una mujer se resguarda de la lluvia extendiendo un paraguas, y es bajo esta capa protectora que puede mirar de soslayo, distanciarse de su objeto o ensimismarse. El paraguas es portátil y puede plegarlo y extenderlo en su tránsito por los múltiples mundos que va recorriendo.

Enigmática relación entre un

paraguas que se asoma, unos torsos que atisban el mundo secreto de la intimidad por una puerta entreabierta, y el lápiz de un árbol deshojado del que caen las páginas de este texto. Sombras e interrogantes sutilmente captadas por las bellas imágenes de Leoncio Villanueva que acompañan el libro.

Este juego entre ensimismamiento y distanciamiento se manifiesta en primer lugar en el nivel de la opción escritural. Un diario, o cualquier otra forma autobiográfica, identifica explícitamente autor, narrador y protagonista, y se presenta con la autoridad de lo verdadero; pero, como el texto confiesa, "... no me

Yolanda Westphalen es profesora de la Escuela de Literatura de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y crítica literaria.

**Una muchacha bajo su paraguas nos trae,
a través de un relato fragmentado y
confesional, la historia de una escritora
que se protege de la adicción incurable a
la droga del arte y la poesía.**

atrevo a decirles todo. Tengo piedad de mí misma y ustedes me despiertan temor". Por eso oscila y a veces presenta a su texto como diario y otras como novela. La novela es el paraguas ficcional con el que se protege el "yo" de la enunciación.

La novela se organiza en tres partes: la primera se inicia con la canción infantil *Frère Jacques/frère Jacques*, y termina con la última parte del estribillo *Sonnez le matines! / Sonnez les matines!* La estructura envolvente de la canción infantil nos ubica en un París de búsqueda y descubrimiento. Es el espacio de la utopía, del París decimonónico, el de los viajeros que quieren poseer el distanciamiento.

Los poetas y artistas se hermanan en esa pequeña ronda con la que dan inicio al rito de pasaje, el viaje de iniciación a través de la palabra. Pero el rito mágico del signo requiere de ofrendas y pruebas; así, las canciones infantiles de las muchachas se transforman en anuncios de *au pair*, *femmes de chambre* o *bonne*, domésticas cultísimas contratadas por burgueses

prácticos y superficiales en algún departamento del Barrio Latino.

El París que se anhela es el del espacio de la escritura y la intertextualidad, hilo de una trama que no conduce a ninguna parte, excepto al descubrimiento del arte como un proceso de percepción de la mismidad. Traqueteo de las máquinas y buhardillas forjan lazos indisolubles no solo con la obra literaria sino con las vidas privadas de Genet, Villon, Hemingway, Gertrude Stein, Vallejo, Neruda y Ehreburg, pero también con Óscar, José, Patrick, Elqui y Enrique, convertidos con este gesto cómplice en personajes.

París es una mujer, una amante engreída frente a la que los artistas voltean la mirada y chasquean la lengua. Noche de identidades y búsquedas, de descubrimiento del cuerpo y del placer, clímax de las infidelidades, desengaños y amores adúlteros. Noches definidas por el sexo en el amanecer, por las reuniones de trago y desenfreno, por el intercambio de poéticas y de parejas, pero también de intimidades y confidencias.

París es una metáfora de la escritura, es la Nanette que se busca y para la que se escribe, la Safo de pubis de miel que se encontró un día y cuyo rastro se pierde en el transcurrir del tiempo, el *alter ego* que se halla en el enigma del placer, la obscenidad y la perversión, el vicio cuya adicción es incurable: el estar en sí mismo. Es también la pérdida de privacidad y el espacio de confidencias del retrete turco.

La advertencia final de esta primera parte, *Sonnez les matines! Sonnez le matines!*, nos da la señal de alarma. París no es más el bulevar decimonónico sino un mosaico dadaísta que yuxtapone tiempos y espacios. En la segunda parte, la sensación de estar descolgándose en una parada de autobús a millas de distancia tropieza con una interrogante surgida del más absoluto ensimismamiento. El viejo Heráclito de nuestro tiempo nos hace perder a Nanette, ese París mítico del que solo se conserva una cintita árabe. No se puede transitar dos veces el mismo recorrido. El París de sus congéneres es el de ese pequeño círculo que la rodea y la hace sentirse bien, ese espacio de tránsito de *flaneurs*, vagabundos, bohemios, viajeros e inmigrantes.

París es el gran espacio simbólico en el que se va construyendo una identidad

(como diría Diamela Eltit) *sudaca*, mezcla de intelectual, doméstica mil oficios y *chora*; es el gueto endogámico, casi incestuoso, al que la Ciudad Luz y Meca del mundo artístico e intelectual (pero no solo ella) confina a los ajenos a los circuitos oficiales y de elite.

Ollé, como Clarice Lispector, y en esto está en muy buena compañía, construye un discurso reflexivo a partir de la cotidianidad del hacer. La novela descentra la binaridad dicotómica clásica del hacer y el pensar, de la acción y la reflexión, del trabajo doméstico y privado y el trabajo intelectual y el rol público. Y es desde el espacio del trabajo doméstico y a partir de él que se plantea el discurso existencial.

La protagonista inventa una vida desde su trabajo de doméstica en un departamento burgués parisino, a partir de su privacidad en crisis en un corredor de dieciséis puertas y un retrete turco apestando a mil demonios. Duda en medio del quehacer cotidiano de madre y ama de casa, como parte de la cotidianidad de preparar la comida, lavar la ropa o recoger a la hija de la escuela.

La tercera parte dirige su mirada y la nuestra a los ambientes, las veladas y los salones literarios, incendio de las vanidades, espacios en los que conversar ha dejado de ser una necesidad y la risa carnavalesca, el concurso de máscaras y los comentarios inteligentes conducen a *tests* de calificación excluyentes o incluyentes. En París o Lima este espacio adolece de fallas de fabricación. Se lo contrapone así a la Nanette del París sencillo y mítico, enigma del placer, lucha utópica de rebeldes por pasión viviendo sus proyectos melodramáticos.

Se busca reinventar el París de Nanette, no el de la fría y burguesa Heleine, sino aquel del viaje iniciado a través de la palabra, el de la poesía que viene muchas veces en la prosa como se descubriera en los textos de Clarice Lispector. Poesía que hay que adivinar en el secreto de Lina, la cabaretera o guerrillera de Guadalupe, y en el ejército clandestino y misterioso de gangsters y truhanes que la acompañan.

Lima es una ciudad no de encuentros sino de sobresaltos; es el espacio aburrido y sesudo de los intelectuales de



Ollé, Carmen: Una muchacha bajo su paraguas. Lima: Santo Oficio, 2002.

clase media alta, o el de la frivolidad de las reuniones *in* de jovencitas *progres*, pero es también el espacio de tumulto y vértigo, una ciudad joven y prematura a la que se ama a pesar de todo.

Una muchacha bajo su paraguas nos trae, a través de un relato fragmentado y confesional, la historia de una escritora que se protege de la adicción incurable a la droga del arte y la poesía. El paraguas distancia su mirada que escrutadora atisba por los márgenes, la protege de la crítica y le permite el goce del viaje a sí misma inyectándose la más feroz heroína: el ensimismamiento. Vida inventada por Carmen Ollé para que nosotros no nos aburramos con la nuestra. ▲

La novela es el paraguas ficcional con el que se protege el "yo" de la enunciación.